

BIBLIOTECA PÚBLICA MAHÓN

LA REVISTA DEL OBRERO

El gran argumento

La antigua fabulita tiene su oportunidad y la reproducen nuestros periódicos.

«Cierta día, pastando un burro en un prado, se le acercó precipitadamente su dueño gritando:

—Corre, corre, huye por dios.

—¿Por qué tengo que huir?—le preguntó el burro.

—¡Ah! ¿No ves que viene el enemigo? ¡huye, burro, huye!

—Pero, dime patrón, ¿si el enemigo me encuentra aquí me matará?

—Creo que no, porque tu vida será también útil a él.

—¿Y habrá peligro que me cargue con dos albardas?

—Es imposible eso, porque en tu lomo no cabe más que una, la que llevas por costumbre.

—Entonces—concluyó el burro,—huye tú si quieres, ya que mi condición de bestia de carga no puede cambiar. Yo no me muevo de aquí... y continuó pastando.»

Y se aplican la moraleja los que no tienen aspiraciones superiores a las del burro.

Si no hemos nacido más que para eso, para llevar con resignación nuestra albarda, entonces lo mismo da que nos la pongan unos u otros, lo mismo da comer la paja atados al pesebre monárquico que pastar en el prado republicano, lo mismo da aguantar los palos del compatriota que los del extranjero.

¿Para qué hablar de libertad, de emancipación, de ideales, de revoluciones y de preparación del porvenir, si todo da lo mismo y si de todos modos hemos de llevar nuestra albarda con estúpida y rutinaria indiferencia?

Cuando decimos que el trabajador carece de todo ¿lo decimos con resignación, o con rabia?

Cuando aseguramos que no tiene patria ¿queremos significar que es lógico que así sea, o en son de protesta contra una inicua injusticia?

La significación de las palabras en uno u otro caso no es la misma, sino absolutamente contraria.

Hemos hablado contra la patria, como contra la familia, refiriéndonos al concepto burgués de estas palabras, protestando contra los sufrimientos que representan la falsificación y prostitución de una y de otra dentro de la detestable organización actual.

Pero no hemos querido decir nunca que el trabajador debe despreciar a sus padres, olvidar a sus hermanos, maltratar a su compañera y desconocer a sus hijos. Quizá lo hayan entendido y practicado así algunos necios superhombres, infatuados por la filosofía alemana de Nietzsche y compañía, pero nosotros nunca.

Muy al contrario, al hablar contra la organización actual de la familia, ha sido para reclamar el amor libre, libre, es decir, emancipado de la violencia y del mezquino interés que convierten el hogar en un presidio o en un prostibulo. Nuestro ideal no es destruir la familia, sino darle las únicas bases sólidas de felicidad, que son la libertad y el amor.

En la sociedad futura que entreveamos y a que aspiramos, el bienestar de los hombres tendrá uno de sus principales fundamentos en el fuego interior del hogar, encendido libremente y amorosamente conservado. Privar a la humanidad de las delicias del amor familiar fuera destruir su naturaleza y causar dolores morales incalculables.

Lo que decimos de la familia, podemos repetirlo de la patria. La familia es el primer eslabón de la solidaridad humana; la patria, en sus diversas gradaciones, constituye el segundo.

Estas asociaciones intermedias que dan al individuo la conciencia y el sentimiento de que forma parte integrante de la humanidad, son naturales, convenientes, necesarias.

La patria es una extensión de la familia, como la humanidad es una extensión de la patria.

Arrancar de un hombre el amor de su familia, fuera privarle de felicidad, porque no somos felices por lo que adquirimos ni por lo que ambicionamos, sino por lo que amamos.

Es una infamia de la sociedad capitalista el robar en muchos casos a los trabajadores el amor de su familia, como es otra infamia el hacerles imposible el amor de la patria.

Cuando marchan de nuestros puertos los grandes trasatlánticos abarrotados de emigrantes, nos acongoja el considerar la pena inmensa con que aquellos desgraciados vuelven los ojos por última vez hacia las tierras españolas, que para ellos fueron tan ingratas, pero que ellos aman, con amor intenso, verdadero, legítimo, porque tiene sus raíces en lo más hondo de la naturaleza humana.

Los trabajadores tienen el derecho de amar a su patria, como tienen derecho al amor de su familia. No se debe, no se puede renunciar a esos derechos, porque sería renunciar a la felicidad.

El hombre ama la tierra en que vino a nacer, sea populosa ciudad o rincón campesino. Ama los lugares en que jugó con sus amiguitos cuando niño y en que miró codicioso y habló balbuciente a su primera novia. Ama el recuerdo de sus padres, asociado a la reproducción imaginativa de los lugares que frecuentaron, que fueron tes-

tigos de sus hechos culminantes. Ama el rincón solitario en que reposan los cuerpos de sus antepasados y de las personas que amó y ya no existen.

Las malas condiciones de vida que proporciona el capitalismo a los trabajadores, han borrado en parte, por lo menos han amortiguado en los habitantes de las grandes poblaciones tales sentimientos; lo que no ha sido un progreso favorable, sino un nuevo crimen de que acusamos al capitalismo, ha sido un robo de personalidad moral y de vida afectiva, que ha ocasionado una disminución de la felicidad.

Kropotkine ha dicho a Esteve: «vosotros no *sentís* lo que pasa en Bélgica; vosotros no sabéis lo que es sufrir el yugo del extranjero.»

Muchos trabajadores parece que no saben o que no quieren *sentir* el horror de la invasión alemana en Bélgica y Francia. No se trata de la patria en el sentido burgués, del gobierno, de la diplomacia, de ambiciones y vanidades; sino de la tierra que es de todos, aunque unos pocos posean injustamente los títulos de propiedad.

A pesar de esos títulos, el capitalismo no ha podido impedir que la tierra sea de todos, en el sentido afectivo, ni en el sentido de que todos vivimos sobre ella, alimentándonos de sus frutos, gozándonos a la vista de su fecundidad, disfrutando con el espectáculo de sus accidentes. Gran injusticia es que no sea de todos plenamente; pero no aumentemos la injusticia renunciando a lo que no han podido quitarnos.

Los campesinos belgas y franceses han visto sus campos saqueados, las plantas que llenos de esperanzas sembraron y cuidaron las han visto pisoteadas, los frutos que recolectaron y almacenaron los han visto confiscados y malbaratados; su pobre casita arruinada, sus modestos muebles destrozados o quemados, su cama, la cama donde fueron engendrados sus hijos, profanada; y luego las personas, el padre anciano llevado a culatazos, la madre befa, la esposa, la hermana y la hija atropelladas, el pequeño hijo maltratado, el mayorcito obligado a trabajar para el enemigo con amenazas de muerte.

En muchos lugares los asesinatos han revestido formas de crueldad extraordinarias...

No se trata de la patria de la retórica burguesa, ni de la vanidad de la bandera, ni de las ambiciones de los gobernantes. Se trata del bienestar y de la honra y de la vida de los trabajadores, a quienes el nuevo amo carga con muchas albardas, sobre el lomo y sobre los sentimientos y sobre los afectos naturales más sagrados.

El burro de la fabulita no tiene más que un lomo, pero el hombre, aun reducido a la mayor pobreza material, tiene inmensas riquezas en su cerebro y en su corazón. Puede ser dichoso y desgraciado de muchas maneras; pueden ponerle muchas albardas.

Los opresores extranjeros no libran al trabajador del yugo del capitalismo; por el contrario, lo hacen más duro e implacable y añaden nuevas cargas imposibles de soportar.

Si el trabajador fuera sólo un burro sin otra vida que llevar la albarda y comer paja, la invasión del extranjero ya sería una gran desgracia; pero si en el hombre hay algo elevado, si tiene sentimientos y cariños, si estima su dignidad y la de los suyos, entonces el invasor extranjero que mata y saquea y además desprecia, con desprecio brutalmente injurioso, ese invasor es un enemigo con quien vale la pena de luchar hasta perder la vida.

Los que amamos la libertad y la dignidad del hombre no podemos aconsejarle que soporte la carga con la indiferencia del burro de la fabulita, como los que odiamos la guerra no podemos aconsejar la sumisión a los imperios militaristas.

La sociedad libre que hemos imaginado no llegará a ser una realidad a fuerza de sumisión ante los poderosos ni a fuerza de soportar todas las albardas que quieran poner sobre nuestras espaldas, sino por la insubordinación, por la rebelión, por la resistencia violenta contra todas las tiranías.

Mal camino fuera para librarnos del peso de la antigua servidumbre el tolerar que nos impongan servidumbres nuevas, más pesadas y humillantes.

No nos convencer los que como decisivo argumento nos presentan el ejemplo del burro.

Juan Cualquiera.

Las escuelas que faltan

En Albacete faltan 170 escuelas; en Alicante 241; en Almería, 277; en Avila, 34; en Badajoz, 296; en Baleares, 191; en Barcelona, 571; en Burgos, 8; en Cáceres, 130; en Cádiz, 357; en Canarias, 365; en Castellón, 149; en Ciudad Real, 174; en Córdoba, 258; en Coruña, 607; en Cuenca, 39; en Gerona, 123; en Granada, 324; en Guadalajara, 13; en Guipúzcoa, 111; en Huelva, 165; en Huesca, 19; en Jaén, 339; en León, 58; en Lérida, 37; en Logroño, 66; en Lugo, 780; en Madrid, 430; en Málaga, 357; en Murcia, 561; en Navarra, 77; en Orense, 306; en Oviedo, 268; en Palencia, 48; en Pontevedra, 497; en Salamanca, 45; en Santander, 123. Total, que faltan en España, según la estadística oficial de 1908; un número de 10.148 escuelas.



El militarismo alemán

En Alemania, la cuna del servicio obligatorio, Caprivi ha expresado lo que se ocultaba cuidadosamente, a saber: que los hombres a quienes se ha de matar no son solamente los extranjeros, sino también los nacionales; esos mismos obreros que suministran el mayor número de soldados.

¡Y esta declaración no ha abierto los ojos a los hombres y no los ha aterrizado!

¡Y una vez hecha, lo mismo que antes, se someten a todo lo que de ellos se exige!

Pero hay más aún: el emperador de Alemania ha explicado con más precisión la misión del soldado, en el acto de dar las gracias y recompensar a uno que mató a un prisionero que trataba de huir.

Al premiar una acción que se ha considerado siempre como vil e infame, hasta para los hombres colocados en el grado más bajo de la escala moral, Guillermo II ha demostrado que el deber principal de sus soldados consiste en matar, no como el verdugo, que mata criminales condenados, sino víctimas inocentes a quienes el jefe manda sacrificar.

Y aún esto no es todo: en 1892, el mismo Guillermo, especie de niño imprudente, que suelta, con ingenuidad infantil, lo que los astutos piensan y callan, hablando a algunos soldados, dijo públicamente lo que sigue, reproducido al otro día por miles de periódicos:

«¡Quintos! ¡Acabáis de jurarme fidelidad ante el altar! Sois aún muy jóvenes para comprender toda la importancia de lo que aquí se ha dicho, por lo que os recomiendo que ante todo os cuidéis de obedecer las órdenes y las instrucciones que se os den. «Me» lo habéis jurado, hijos de mi guardia; desde ahora sois «mis» soldados, «me» pertenecéis en cuerpo y alma». Ya no tenéis más enemigo que «mi» enemigo. Con las agitaciones socialistas actuales podría suceder que se os mandase tirar contra vuestros parientes, contra vuestros hermanos, contra vuestros padres, contra vuestras madres... aún en este caso debéis obedecerme sin vacilar.»

Ese hombre expresa todo lo que los gobernantes cautos piensan, aunque lo ocultan, y dice resueltamente que los que sirven en el ejército están a «su» servicio y deben estar a punto, en «su» beneficio, de matar a sus hermanos y a sus padres.

Con brutal franqueza expone el horror del crimen a cuya perpetración se preparan los reclutas de «su» ejército, y el abismo de humillación en que se han precipitado prometiéndole obediencia.

Como hipnotizador atrevido, experimenta el grado de insensibilidad del hipnotizado, aplicando a su piel un hierro candente; la piel humea y chisporrotea, pero el hipnotizado no se despierta.

Ese hombre enfermo, ébrio de poder, ofende con sus palabras los sentimientos humanos más sagrados, y todo el mundo las deja pasar como cosa corriente, pareciendo como lo más natural someterse a ellas con docilidad.

Todos los jóvenes pasan por esa prueba y, salvo raras excepciones, reniegan de todo y aceptan la perspectiva de matar a sus hermanos o a sus padres para obedecer las órdenes de cualquier loco galoneado que les den por jefe.

Un salvaje cualquiera tiene siempre una idea respetable y digna por la cual está dispuesto a sacrificar su vida.

El hombre moderno, por el contrario, acepta el sacrificio de su dignidad y de su vida en obsequio de su tirano, declarándose dispuesto a matar a su compatriota, a su amigo, a su hermano, a su padre, a su madre!...

Se le manda marchar, correr, saltar, inmovilizarse, saludar, matar, y todo lo ejecuta con docilidad mecánica.

Después, el que por exceso de holgazanería no se dedica a esas viles funciones que la autoridad necesita y paga a poco precio, y que el pueblo sufre como un vejámen y considera infamantes, libre ya, como si nada hubiese pasado, vuelve a su antigua vida y habla de la dignidad humana, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

«¿Qué hacemos?», se pregunta a veces con perplejidad sincera. «Si todo el mundo se negase a ser soldado... pero uno solo se sacrificaría sin utilidad para nadie.»

Y es cierto: el objeto de la vida individual es la propia felicidad; y aunque el concepto social sea diferente, el individuo no puede más; le conviene, como mal menor, someterse y se somete.

Solo es impotente y unirse a otros no es posible, porque lo impiden los que les dirigen.

Se dice que la invención de terribles máquinas de guerra acabará por hacer la guerra imposible; es falso: de igual modo que se pueden aumentar los medios de exterminio, se progresa en el arte de someter a los hombres.

Que se les mate por miles o por millones, no importa; ya irán como rebaño estúpido: unos irán por fuerza y otros voluntariamente, con tal que se les permita adornarse con cintas y condecoraciones.

Leon Tolstoi.

MIRANDO AL IDEAL

Si tenemos la convicción que el ideal es el que establecerá la Libertad y el Bienestar en la sociedad, no tenemos necesidad en ningún caso de salirnos de él y abandonarlo para justificar o condenar ninguna situación.

El ideal anarquista es de Paz, de Libertad, de Dicha.

En una sociedad como la que concebimos los anarquistas, nadie sufrirá el peso de otro, la tiranía de otro. Garantidos los derechos a la vida, esta será enteramente dichosa, enteramente libre. Cuando todos tengan garantida su libertad y su vida, las querellas entre los seres humanos desaparecerán. Claro está que la guerra, el asesinato colectivo, no existirá porque desaparecerán sus factores de enjendro y ejecución. Con la desaparición de la propiedad individual se garantizará la vida y con la desaparición del Estado se afirmará la libertad en todo su majestuoso esplendor.

Luego es la propiedad individual la causa de la guerra, es el Estado su organizador y cultivador. Luego nosotros al parti-

cipar en la guerra afirmamos el régimen que la produce, nos asociamos al Estado, damos vida al militarismo.

Admitir que el ejército defiende la libertad es confesar que él puede dárnosla, y como el ejército no se mantiene del viento, hé aquí que aceptamos su presupuesto. Se afirma con una altivez como desafío que el ejército alemán defiende el despotismo más desenfrenado mientras el de los aliados defiende la libertad, pero.... Pero el ejército francés, el ruso e inglés están manchiados de sangre proletaria, mientras los bárbaros del Kaiser no.

Quiero decir, que sea por no tener necesidad, sea por lo que fuera, Alemania no ha hecho intervenir su ejército en las huelgas, como lo han hecho sus rivales.

Y es bien extraño que muchos de los que antes de la guerra ensalzaban Alemania en todos sentidos, nos presentaban como modelo todo lo alemán, ahora afirmen todo lo contrario. No obstante, digan cuanto quieran, es la nación de Europa más industrial y la que cuenta con menos analfabetos.

Un escritor que no escatimó los elogios a Alemania y que nos quiso hacer ver que aquel socialismo era el perfecto socialismo y que ahora dice lo contrario, declara no obstante que: «En Inglaterra y Francia el pueblo vive en condiciones materiales tan malas como en Alemania, aunque tienen un camino ilimitado para ir adelante, mientras el obrero alemán los tiene cerrados.»

Puras ilusiones. Si el obrero inglés y francés tienen abierto el camino de un mejoramiento y el alemán lo tiene cerrado y a pesar de esto no vive peor que el inglés y francés, o estos no saben aprovechar sus facultades de mejorar, o los burgueses alemanes son mejores, por cuanto conceden a los obreros sin derechos los que poseen los demás.

Es muy fácil afirmar hoy blanco, mañana negro; lo difícil es probarlo, o cuando menos tener razón, porque no siempre la razón se prueba.

Hay quien teme por la independencia de Serbia, de Bélgica, etcétera, como cualquier político que aspirase a los comederos de esas naciones, lo que nos parece poco anárquico. ¿Es que los obreros de esas naciones eran menos explotados que los alemanes?

Con la independencia nacional o sin ella, los obreros seguirán siendo los esclavos del taller, de la fábrica, de la mina, del terruño.

¿Y por qué nos asustamos porque Serbia y Bélgica desaparezcan como naciones independientes y no hemos dicho una palabra por el reparto de la Turquía, por la pérdida como naciones de Irlanda, Marruecos, Argelia, la Africa toda, la India, etc.?

Nos quejamos de la paja y dejamos la viga.

España fué un día más poderosa que sería Alemania si triunfase (que si otras complicaciones no llegan, no creo triunfe), y sin embargo, por querer imponer su tiranía, España perdió su poderío.

No se dominan pueblos diferentes por la tiranía, sino concediéndoles relativa libertad y relativas mejoras.

Ni el triunfo de Alemania, ni el de Rusia más reaccionaria (y probablemente ninguna triunfará aunque son contrarias) mataría la rebeldía y las aspiraciones de libertad. Afirmarlo es probar un desconocimiento de la bondad de las ideas y de la maldad que encierra esta sociedad. Bien se conoce que no hacen la vida de asalariados los que así hablan.

Realmente, es bien difícil probar que los aliados representan la libertad. ¿Por qué Francia es República? Esto equivale a dar un valor a la política que no lo tiene y probar que se desconoce la Francia. En Francia no existe libertad sino para los grandes bandidos, los Rochette y compañía. Pero admitamos que en la guerra se ven-

tía algo de libertad y que esta la representan los aliados. ¿Tendrá ella la importancia de merecer el sacrificio de nuestras vidas?

Si no la tiene; ¿a qué marearnos a los que desde un principio hemos declarado nuestra preferencia por los aliados, pero sin afirmar que sería mejor? Y si la tiene ¿a qué se espera a prestarles la ayuda, y no corre quien posee tales convicciones a defender esas libertades?

Si yo matase a un ser humano, así fuese el mayor criminal, moriría de sentimiento, se me representaría en la mesa, en la cama, en todo. Pero si supiera que en la guerra se ventilaban cuestiones de la libertad y que valía la pena de sacrificar nuestras vidas por una de las partes, o no diría nada si no poseía valor de dar el ejemplo, o de poseer el valor estaría luchando o habría muerto. El que vaya a hacer cuarenta y nueve años podría servirme de disculpa, pero yo no me agarro a tales medios para embarcar la gente.

Creo que si es bien difícil probar de qué lado está la libertad, no lo es menos probar que los anarquistas deben tomar parte en la guerra. Aun podría admitirse si se nos dejase independencia en la lucha y fuésemos numerosos, pero siendo números a las órdenes de otros, es una locura.

Es esto lo que deberían probar los partidarios de la intervención: que la conquista recompensaba el sacrificio.

Cantar libertades que no existen, es fácil hacerlo, pero difícil probarlo. Y yo creo que este periódico no me negará una *pequeña autoridad* en asuntos internacionales y que por *pequeña* que sea, resultará superior a la de los que han afirmado lo contrario.

Como espero que este no sea el último trabajo sobre el asunto, aquí cerraría *si Tierra y Libertad* no hubiera cogido unas palabras que se me dirigen como refutación al artículo del número 388.

Para probar que los aliados representan la libertad, se me dice que cuando tuve que salir de Francia vine a Inglaterra y *no* se me ocurrió volver a España o ir a Alemania. No se dice que fui expulsado de Francia, aliada de Inglaterra, pues ello probaría, después de reconocer que Rusia es más reaccionaria que Alemania, que sólo Inglaterra (que ha puesto su garra en todas partes, y acaso es más culpable que Alemania de la guerra, que les conste a los que gratuitamente afirman lo contrario) representa la libertad.

No sólo lo admito, sino que lo he afirmado varias veces, que en Inglaterra hay más libertad que en Francia.

Pero no fué esta libertad lo que aquí me trajo.

Quince días antes de ser expulsado me habían llamado de España. Estaba indeciso y la compañera me dijo que sería mejor viniere a Inglaterra, que ya conocíamos. El vicepresidente de la Liga de los Derechos del Hombre de la Gironde, Leon Baylet, me dijo que ir a España era una locura, pues al pisar Irún sería detenido; y otras personas que estaban algo informadas me aconsejaron lo mismo. Luego supe que se había intentado una extradición. Ignore por qué, pues ningún proceso tenía en España cuando la abandoné.

He aquí, pues, por qué no volví a España.

Mis hijas habían olvidado el inglés en Francia. Me convenía lo recuperasen y luego carecía de dinero y de amigos en Alemania. De no haber olvidado las hijas el inglés y haber tenido algo más dinero y amigos en Alemania a quienes dirigirme, hubiera ido a Alemania por haber dotado a mis hijas de un idioma más. Es esto que me trajo a Inglaterra y lo que me llevó a Francia sin preocuparme de las libertades de los pueblos, pues estoy convencido que para el obrero no existen en ninguna parte.



Y creía que la Redacción no ignoraba esto, pues me parece que hemos hablado alguna vez del asunto.

Acaso sea ilusión mía.

V. Garcia.

La causa principal de nuestra diferencia de opiniones en todo este asunto está en que el compañero Garcia cree seguro el triunfo de los aliados y, por lo tanto, no teme los peligros que resultarían del triunfo del imperio militarista germánico.

Nos complace que haya esta convicción optimista en el ambiente inglés; y desde luego declaramos que si participásemos de tal seguridad, suscribiríamos casi todas las justas quejas del querido compañero contra los gobiernos de Inglaterra y Francia, pues nunca se ha gozado en esos países de libertad perfecta y es conveniente luchar siempre y reclamar y exigir, hasta que se nos conceda la plenitud de nuestros derechos.

En cambio, nos hacemos la ilusión de creer que si Garcia viviese en un país neutral, sobre todo en España, y leyese los periódicos reaccionarios y oyese las bravatas injuriosas de los germanófilos, entonces se haría cargo de la profundidad del abismo que amenaza tragarse las ideas liberales y los hombres que las defienden, volviéndonos a tiempos peores que los de Fernando VII cuando fué restablecido en su poder absoluto por los ejércitos de la monarquía francesa restaurada.

También confiamos nosotros en que Alemania será derrotada y el militarismo recibirá un golpe de muerte, tanto que nunca más sean posibles las guerras entre las naciones civilizadas de Europa. Confiamos, pero no tenemos la seguridad que demuestra nuestro compañero contrincante.

La lucha está indecisa, ninguna de las naciones beligerantes se ve agotada o debilitada, ni se han conseguido ventajas decisivas. Un incidente imprevisto podría ocasionar una catástrofe.

No pensamos que los anarquistas puedan realizar algo seriamente peligroso, y menos en España, donde una equivocada táctica y repetidos fracasos nos han debilitado hasta la casi total impotencia; pero nos duele que la influencia, poca o mucha, y la opinión de algunos compañeros se pongan de parte de los imperios militaristas en contra de los pueblos liberales en este gran conflicto, de cuyo resultado depende el porvenir del mundo.

No nos resignamos a la idea de que resulten servidores, aunque sea inconscientemente, de las aristocracias militar es austriaca y prusiana y de los clericales mauristas españoles, precisamente los que creamos luchadores fervientes y abnegados, que sufrieron fantásticas persecuciones por su amor a la libertad.

Ante estas consideraciones, nos parecen de poca monta los incidentes que para justificar su francofobia nos cuentan algunos compañeros, quienes tal vez se sintieron defraudados por haber confiado exageradamente en las libertades republicanas.

En ningún país del mundo hay más libertad que en España; pero libertad para el mal; libertad para faltar a las leyes y hacer lo que le da la gana el

BIBLIOTECA PÚBLICA MAO

OBRA NUEVA

Dr. JULIO CARRET

Demostración de la inexistencia de Dios

TRADUCCIÓN DE J. PRAT

Acaba de publicarse esta obra, tercer volumen de la Biblioteca de Divulgación, impresa esmeradamente en buen papel.

Véndese al precio de una peseta.

Los pedidos han de ir acompañados de su importe a las siguientes direcciones:
En MAHÓN (Islas Baleares).—Administración de EL PORVENIR DEL OBRERO, Tipografía Mahonesa, calle Nueva.

Depósito en BARCELONA:—«Librería de Luis Millá», calle de San Pablo, n.º 21.
El franqueo para cualquier punto de España corre de cuenta de los editores; pero si se desea recibir el paquete certificado, hay que añadir 25 céntimos.

Tomando de 3 ejemplares en adelante se hace un descuento del 30 por 100.

que manda y rebentar al ciudadano pacífico, que no tiene ninguna garantía, ni quien le escuche cuando se queja.

Ninguno de los atropellos cometidos en tierra francesa tiene la significación, por ejemplo, de la clausura, perpetrada hace un año, de la Escuela libre de Alayor. Ni motivo, ni pretexto racional, ni debida forma, ni siquiera se pretendió coonestarlo. Los caciques lo pidieron, el gobernador lo apadrinó, el inspector obediente lo ejecutó; y no hay recursos, ni superioridades, ni nada que valga.

Como este caso podríamos citar centenares, sin hablar de Ferrer, ni de Montjuich, ni de tantos otros conocidos.

Vicente Garcia hace muchos años que salió de eso y ya no se acuerda. Ahora se asombra de que lo expulsaran de Francia y parece no dar significación a los consejos que le dieron para que no volviese a España. Si se hubiese dirigido entonces a Alemania, probablemente le hubieran entregado al gobierno español, como entregaban al ruso los revolucionarios que pasaban la frontera y hasta hemos leído que para entrar en las universidades alemanas se exigía a los estudiantes que probasen no haber salido de Rusia por causas políticas.

Lo que dice de la intervención de la fuerza pública en las huelgas, él mismo lo contesta. En Alemania «no hay necesidad». Esto es todo.

Se comprendería que alabaran eso los socialistas parlamentarios para cantar las excelencias de la táctica socialdemocrática. No se comprende que nos lo presente como ejemplo digno de imitación un anarquista que ha procurado siempre inculcar en los trabajadores el espíritu revolucionario, indispensable para emprender el verdadero camino de la emancipación proletaria.

En Alemania los trabajadores no dan ocasión a que les atropelle la fuerza pública, porque se someten, porque se resignan, porque sus sindicatos son amarillos, porque sus luchas son políticas y reúnen cuatro millones y medio de votos, pero no se sublevan contra el emperador, ni contra el cura, ni contra el sargento. Léase lo que dijo Tolstói hace años y va en otro lugar de este número. ¿Es eso el ideal, amigo Garcia?

No es ocasión de analizar las causas de la prosperidad de Alemania durante los últimos treinta años. Las relativamente buenas condiciones del trabajo

han dependido del creciente desarrollo industrial y comercial y de la emigración que impidió el exceso de brazos. ¿Cree el compañero Garcia que también ha influido en ello la generosidad de los patronos, la justicia de los gobernantes y la buena táctica de la democracia social?—Pues fuera esta la condenación más explícita y contundente de las predicaciones y de la táctica de los anarquistas.

Cuando los obreros alemanes hayan decapitado a sus Carlos y sus Luises, cuando hayan hecho sus revoluciones y proclamado sus derechos del hombre, cuando por encima de las pequeñas ventajas materiales aprecien su dignidad personal y colectiva, cuando se sientan hermanos de todos los proletarios en lucha por el ideal emancipador, entonces les crearemos a la misma altura de los trabajadores revolucionarios ingleses y franceses, de los cuales hemos aprendido a ser lo que somos.

Tampoco acierta el compañero al acusarnos por haber callado ante otras guerras y pérdida de independencia de otras naciones. Precisamente hemos protestado siempre y esto nos da derecho a torcer el argumento preguntando a Garcia por qué habiéndole parecido tan mal que se atropellase a Turquía y Marruecos, ahora se lamenta de que otros protesten contra atropellos peores cometidos en Serbia, Polonia, Bélgica y Francia por el ejército más metódicamente atropellador de ancianos, mujeres y niños que se ha conocido en los tiempos históricos. ¿Esto es imparcialidad o qué?

Queremos creer que si el compañero Garcia viviese entre nosotros habría reparado en la enorme cantidad de papel, por valor de muchos miles de duros, que viene de Alemania y que imprimen aquí los germanófilos, además de comprar periódicos y escritores. Todo ello le demostraría que aquella nación guerrera concede a la opinión de los países neutrales una gran importancia, de manera que no es únicamente cogiendo un fusil como sirve cada uno a la causa que cree justa y conveniente para su ideal; clericales y militaristas en favor de los gobiernos de Alemania y Austria; liberales de todos matices, salvo inexplicables excepciones, en favor de los pueblos servio, ruso, belga, inglés y francés.

Decimos gobiernos en un caso y pueblos en el otro, porque en todos los países neutrales simpatizan con los

aliados los elementos populares, solidaridad instintiva y esperanzadora de pueblo a pueblo; mientras que procuran ayudar a sus colegas alemanes y austriacos los reyes, como en Grecia y Rumanía, y los absolutistas como en España. ¿Tampoco esto le parece significativo al compañero Garcia?

La importancia grandísima que las naciones beligerantes, y sobre todo Alemania, conceden a la opinión pública de los países neutrales, convencería al agresivo compañero de que el pelear desde un periódico puede ser tan interesante como el pelear desde una trincheras. Cada uno hace la labor que le corresponde y le permiten sus condiciones físicas e intelectuales. El amigo Garcia sabe que quien escribe estas líneas no podría soportar las fatigas de la campaña. ¿Quiere obligarnos a que publiquemos un certificado del médico?

La inoportuna insistencia con que nos manda a la línea de fuego, después de las agrias censuras dirigidas a los que han empuñado las armas, y especialmente a Malato, que reclamó las condiciones que Garcia recomienda, demuestra un vivo deseo de hacernos desaparecer, como si realmente fuésemos un estorbo muy grande para Garcia o para sus ideales.

Nosotros, por el contrario, creemos que aun los inútiles para la guerra pueden hacer algo bueno, por lo menos inducir a la reflexión a los compañeros obcecados que se han lanzado por un mal camino, perjudicial para las ideas que juntos veníamos defendiendo.

Por otra parte, nunca hemos enviado a nadie a la matanza, ni en guerras, ni en revoluciones, ni en atentados; en el caso presente nos hemos limitado a defender a los compañeros excomulgados por las autoridades anarquistas.

No hemos enviado a nadie a la muerte, entre otras razones de orden moral, porque no creemos que convenga que mueran los hombres de ideas liberales y progresivas, los que han estudiado una organización social mejor que la presente, que luego harían falta en las luchas que después de la guerra se promoverán.

No pensemos ahora en la probabilidad del triunfo de los alemanes, en cuyo caso todo cuanto hemos hablado y pensado resultaría inútil, porque la barbarie militarista triunfante lo aplastaría todo; pero, después de la caída de los imperios, algo habrá de edificarse, algo tendrán que hacer los pueblos vencedores y los que con la derrota se verán libres de sus antiguos verdugos. Entonces, lo hemos dicho repetidas veces, será la ocasión de intervenir eficazmente los que tenemos un ideal de justicia y de fraternidad, de libertad y bienestar.

Por este ideal deseamos no que Garcia sucumba, sino que disfrute de salud, energía y clarividencia.

Quizá dejamos sin responder algunas cosas; pero de estos asuntos tendremos ocasión de hablar muchas veces, porque ni la guerra lleva trazas de terminar ni los anarquistas de llegar a un racional acuerdo.

Los holgazanes son unos cadáveres que comen.

(Proverbio árabe).



La corneta, la campana y el martillo

El cuartel y el convento están pared por medio. Enfrente hay un herrero.

La corneta y la campana se entienden. Las ondas sonoras que de una y otra parte son frases, son algo como el lenguaje de los pájaros. En todo son hay palabras; el hombre sólo entiende las suyas. La campana y la corneta se cuentan algo.

—Yo toco a diana, a rancho, a revista y a retreta—dice la corneta—. Yo represento la fuerza, la disciplina militar, las glorias de la guerra, el sostén de la patria.

—Soy el dulce sonido que suena en los corazones—responde la campana—. Incito a orar; recuerdo en el *Angelus* cada día que nace, cada tarde que muere; enseño al caminante el fin de su jornada; cada sonido mío es un cántico a Dios.

—Eres cantora del quietismo, reloj de tiempo perdido, pereza que sueña—replica la corneta.—Tus ecos recuerdan que guardas soldados sin armas, fuerzas perdidas, hombres inútiles a la tierra. ¡Oye como responden los soldados a mi voz: ya acuden, ya forman, ya van a salir con marcial gallardía; por ellos viven en paz tus frailes! ¡Vivan los soldados!

—Los soldados son la guerra, la destrucción, la sangre—voltea la campana—. Mis santos hermanos son la paz; toca tú diana mientras yo llamo la primera a los santos varones a misa. ¡Oye como bajan rezando, olvidados del mundo, que es el peligro, el pecado, la pasión y la lucha! ¡Aquí no luchamos: creemos!

El herrero golpea el yunque; el martillo también habla: ¡pan!, ¡pan!, ¡pan! ¡Callad, cornetas y campanas! ¡Oid el son de la Vida y de la Humanidad! Vosotros sois cantores de cosas pasadas: la guerra y la clausura. No podéis cantar la Libertad, porque sonáis para siervos. ¿De qué valen? ¿Qué labran? ¿Qué producen? Los unos, preparados a destruirlo todo; los otros, destinados a no edificar nada. Unos son del Estado; otros, del Claustro. ¡Palabras huecas! ¡Oid! ¡Mi son, el son del siglo, la voz de millones de héroes desconocidos, eternamente pobres, perdurablemente trabajadores! ¡Pan!, ¡pan!, ¡pan! Lo dice mi sonido: ¡soy el pan ganado con el sudor de mil millones de frentes! ¡Cornetas! ¡Campanas! ¡Atrás! Yo soy el pan! ¡Yo soy el Trabajo!

Pedro A. de Alarcón.

La iglesia se nos come

Los siguientes párrafos están copiados al pie de la letra del «Diario de Sesiones» del Congreso, y pertenecen al discurso que pronunció Emilio Menéndez Pallarés en la sesión del 25 de Noviembre de 1903:

«Sumad todo lo que cobra el ejército, la magistratura, los maestros de escuela, los empleados públicos en los distintos grados de la jerarquía administrativa, incluyendo la lista civil, y la cifra que obtendréis será inferior a la que representa la Iglesia en España.

Esta cifra es enormísima; asciende a 773.298.635 pesetas. El número no es exacto (*Un señor Diputado*: Lo supo-

niamos); no es exacto, pero es producto de un cálculo muy racional. cálculo que no he hecho yo, que para ello carecería de experiencia; es cálculo de un virtuoso presbítero de competencia notoria, cálculo que me han confirmado más de seis sacerdotes a quienes he sometido este punto a consulta.

Esta cifra de 773.298.635 pesetas, se descompone en la siguiente: ingresos en la Iglesia consignados en el presupuesto de los distintos Ministerios, 44 millones y pico de pesetas: utilidades anuales de las Ordenanzas religiosas procedentes de su Ministerio y oficio, 255.358.803; utilidades ministeriales del clero fuera del presupuesto, 57.600.000; presupuesto eclesiástico de todos los Ayuntamientos y Diputaciones, 918.000; utilidades arancelarias por nacimientos, 2.750.000; utilidades arancelarias por matrimonios, 4 millones 500.000; utilidades arancelarias por defunciones, cementerios y traslado de cadáveres, 1.350.000; intereses de los depósitos que hay en el Banco al 3 por 100 de memorias pías a disposición de los Obispos, 1.500.000; Nunciatura, por derechos de dispensa, 365.000; señores Obispos, por los derechos que devengan en dispensas y fieles con el clero, 1.180.000; vicarías y provisoratos, por diferentes conceptos, 365.000 pesetas.

¿Creéis que hay exageración en la cifra de 255 millones, atribuida a las utilidades anuales de las Ordenes religiosas dedicadas a pedir, fabricar, decir misa, pronunciar sermones, etc.? Restar de esa cifra 200 millones, y siempre resultará que la Iglesia, para la realización de sus fines, percibe en España anualmente más de 500 millones de pesetas. (*Un Sr. Diputado de la minoría tradicionalista*: ¿Y qué?) Y no es sólo esto, señores Diputados, porque no están en este cálculo todos los conceptos por los cuales la Iglesia adquiere riqueza.

Bien sabido es que la Iglesia, con el achaque de que limpia las manchas de la conciencia y abre las puertas del cielo, obtiene donaciones espléndidas; y obtiene también por actos de última voluntad fortunas cuantiosas, conseguidas a veces por sugerencias, fáciles en los que, por razón de su profesión, utilizan lo maravilloso y sobrenatural».

Esos párrafos explican por qué está la miseria adueñada de España, por qué hay tanta hambre y por qué los hospitales, a donde ella empuja a los desvalidos, carecen de los recursos necesarios para acogerlos y curarlos.

ASUNTOS VARIOS

Hemos recibido el número de enero de la interesante revista pedagógica «La Infancia Anormal», dirigida por el profesor don Francisco Pereira, quien después de muchos años de estudios y prácticas como maestro, se halla hoy al frente de la «Escuela-Sanatorio para la Educación de niños y niñas mentalmente deficientes.»

Dirigirse: Suero de Quiñones, 14, hotel, (Prosperidad) Madrid.

«La Voz del Campesino» de Valls (Tarragona) publica los temas que se han de discutir en el Congreso Nacional de Agricultores que en los primeros días del próximo Mayo se celebrará en Ubeda.

Lástima que los obreros del campo de Menorca no se hallen organizados para poder luchar por la mejora de las condiciones de su duro trabajo.

Se confirman, por desgracia, las malas noticias respecto de la fabricación del calzado francés.

La falta de inteligencia y de probidad de los patronos ha ocasionado un nuevo descalabro en la industria zapatera.

No arruinan las industrias los obreros con sus justas huelgas; sino los patronos con sus competencias desenfrenadas y con las falsificaciones que desacreditan.

«Cultura Libertaria» enviará una suscripción a José Olmo García, calle Medina, Casas Viejas, por Medina Sidonia (Cádiz).

¿CUÁL DE LAS DOS?

Esta moneda y esta espada creo que son lo más notable del museo; ambas antigüedades son restos de las bárbaras edades. Su origen el catálogo ya aclara; ¡lástima que decir también no pueda cuál de las dos más crímenes causara, la espada o la moneda!

Joaquín M.^a Bartrina.

EL PORVENIR DEL OBRERO

EL PATRIMONIO UNIVERSAL (*Confidencia sociológica*), por Anselmo Lorenzo.

LA ANARQUÍA, por Eliseo Reclus.

LA MUJER, *consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, por Teresa Claramunt.

Estos folletos se venden al precio de 15 céntimos ejemplar.

A los corresponsales se les hace el 33 por 100 de rebaja.

Los pedidos han de venir acompañados de su importe.

Biblioteca de Divulgación

OBRAS PUBLICADAS

DINAMITA CEREBRAL. *Los cuentos anarquistas más famosos*.—Colección de hermosas páginas de la literatura revolucionaria mundial, de firmas tan conocidas como las de Máximo Gorki, Anatolio France, Azorín, Domela Nienwenhuis, Bernardo Lazare, Anselmo Lorenzo, Ramiro de Maeztu, Carlos Malato, Octavio Mirbeau, Francisco Pi y Margall, Magdalena Vermet, Emilio Zola, etc.

HACIA LA EMANCIPACIÓN. *Túctica de avance obrero en la lucha por el ideal*, por Anselmo Lorenzo.—Demostración de que el Proletariado va libremente mancomunado hacia su emancipación y a la regeneración social practicando el Sindicalismo, Boicote, Label, Sabotage, Huelga General, Enseñanza racionalista.

DEMOSTRACIÓN DE LA INEXISTENCIA DE DIOS, original del doctor Julio Carret, traducida del francés por José Prat.

Estos volúmenes se venden al precio de una peseta en la Tipografía Mahonesa, calle Nueva, Mahón (Baleares) y en las principales librerías y puestos de venta de libros y periódicos.

Tomando de 3 volúmenes en adelante se hace un descuento del 30 por 100.

No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su importe.

BIBLIOTECA DE El Porvenir del Obrero

CONDICIONES:

Suscripción: Un trimestre. Ptas. 1'00
Número suelto » 0'05
Paquete de 30 ejemplares. » 0'90

Para el extranjero se carga el precio del franqueo.

Libros escogidos que pueden adquirirse en la «Tipografía Mahonesa».

	Pesetas
La Revolución Francesa, por el Dr. Gustavo Le Bon	3'50
El Evangelio y la Iglesia, por Alfredo Loisy	3'50
El Proletariado Militante, por Anselmo Lorenzo	3'00
Cómo haremos la revolución, por E. Pataud y E. Pouget, prefacio de Pedro Kropotkine (2 tomos)	2'00
Memorias de un revolucionario, por Pedro Kropotkine (2 tomos)	2'00
Vía Libre, por Anselmo Lorenzo	1'00
Las alegrías del destierro, por Carlos Malato	1'00
La conquista del pan, por Pedro Kropotkine	1'00
La sociedad moribunda y la anarquía, por Juan Grave	1'00
Las fuerzas subterráneas, por Eliseo Reclus	1'00
Diccionario Filosófico de Voltaire (6 tomos)	6'00
La Libertad, por A. Schopenhauer	1'00
La Humanidad y la Patria, por Alfredo Naquet	1'00
El Pueblo, por Anselmo Lorenzo.	1'00
La Leyenda Cristiana, por Augusto Dide	1'00
Las Prisiones, por Pedro Kropotkine	1'00
Campos, Fábricas y Talleres, por Pedro Kropotkine	1'00

En todas estas obras no se puede hacer ningún descuento y se advierte que no se servirán los pedidos que no vengan acompañados de su importe.

Correspondencia

Jerez de la Frontera.—J. C.—Hemos escrito.

Bilbao.—G. C.—Escribimos. Biota.—T. N. M.—Recibido dos pesetas en sellos. Servimos suscripción.

Ciudadela.—A. T.—Recibido 8 pesetas. Tienes pagado hasta el número 389 con 50 céntimos a tu favor. Enviamos 20 *Demostración de la inexistencia de Dios*. Algeciras.—A. D.—Recibido 5'25 pesetas. Enviamos 7 *Demostración*.

Jútiva.—J. P.—Enviamos 30 *Demostración* que valen 21'50 pesetas con el certificado. Servimos suscripción.

Sevilla.—J. S. R.—Recibidos los libros y folletos. Anotamos 1 peseta a tu favor. Casas Viejas.—J. O. G.—Recibido 4 pesetas; anotamos 3'00 a cuenta del periódico y 0'40 a la del libro.

Dos Hermanas.—F. P. J.—Recibido 6'00 pesetas. Enviamos 6 *Demostración*, 1 *Hacia la Emancipación* y 1 *Dinamita Cerebral*.

Malpartida de Plasencia.—D. R.—Servimos 17 ejemplares desde este número.

Colombia.—F. M.—Servimos suscripción desde este número.

Cala.—F. H.—Recibido 2 pesetas por *Tierra y Libertad* número 254. Enviamos 2 *Demostración*.

Boston.—«G. Fraternidad».—Id. 9 id. por id. id.

Logroño.—M. B.—Id. 1'75 id. por id. id.

Barcelona.—J. Bos.—Id. 0'25 por id. id.

Hostalcts.—B. P. P.—Enviamos 100 ejemplares *Canciones Libertarias* que valen 8'75 pesetas con el certificado y 3 *La religión al alcance de todos* en otro paquete que valen 3'25 pesetas con el certificado.

Alger.—A. Ch.—Enviamos 5 *Demostración* que valen 4'75 pesetas contando el franqueo y certificado. El importe de todo puedes enviarlo en papel del Banco certificando la carta.

Barcelona.—S. A.—Enviamos 1 *Demostración* y 1 *Vía Libre*.

Béjar.—J. P. R.—Enviamos 5 ejemplares desde hoy. Abonamos una peseta por cuenta de *Acción Libertaria*.

Córdoba (Argentina).—R. B.—Enviamos paquete de 25 a F. M. Escribiremos.